

LOS NEGOCIOS DE BLAS

Vino Blas de su tierra á servir á la corte, trayendo, como se suele decir, el pelo de la dehesa, y era el pobre tan sumamente corto de alcances que este pelo no se le caía ni á tres tirones.

Blas soñaba con la fortuna, y desde el primer momento en que oyó hablar de negocios en el mundo, los tuvo por cosa admirable y apetecible. Eso de que con el trabajo se gane dinero, le parecía lo más natural y lo más justo, por lo que no tenía para él nada de particular. Yo limpio la casa, voy á recados, sirvo á mis amos y mis amos me dan un salario, se decía, y esto es muy natural. También es natural que el que vende una cosa cobre por ella tanto ó cuanto; ¡pero eso de que el dinero produzca más dinero él solito, eso debe ser precioso! Y Blas deseaba tener dinero para colocarlo. Tuvo unos ahorrillos, y entonces empezaron sus cavilaciones, porque se presentaba la grave cuestión de colocarlos.

¿Dónde? ¡Si él desconfiaba de todo el mundo!

Servía Blas en casa de unos amigos míos, y al bajar una noche á abrirme la puerta, me dijo con el mayor misterio: —Señorito, usted que entiende de letra y saca libros de su cabeza, podría darme, si quisiera, un buen consejo.

—¿Qué te ocurre?—le pregunté.

—Ayer tarde me tocó salir á paseo, y al volver para casa, entré en la parroquia y oí un pedacillo de sermón.



—Bien; ¿y qué?

—Que el señor predicador dijo: «El que da á los pobres, presta á Dios, que lo devuelve con creces», y yo quiero saber si es verdad eso.

—¡Ya lo creo! ¡Ciertísimo!

—Pues entonces yo haré la prueba, señor...

Al día siguiente le mandó su amo llevar á casa del profesor de uno de sus hijos un plato de dulce, y en el camino se encontró á un pobre viejo que vendía cerillas, y le dijo:

—¿Es usted pobre?

—¡Ya lo creo!

—Entonces tome usted—y le entregó una moneda de cinco céntimos, de esas que el vulgo llama un perro chico.

—¡Dios se lo pague!—exclamó el viejo.

—Ya lo veremos—dijo Blas.

Llegó á casa del profesor, entregó el regalo y, como es costumbre en estos casos, le dieron dos reales de gratificación.

—Ya he empezado á cobrar—me dijo por la noche.—¡Me ha producido diez veces lo que puse!

—Me alegro—le respondí riéndome de su sencillez tan natural!

Salió á poco á un recado y se encontró con una mujer cubierta con un obscuro manto, que llevaba una niña de la mano, y le dijo al verle:

—Una limosna para esta pobre viuda, que Dios se lo pagará.

—Ya lo sé—replicó Blas; y la dió la media peseta.
Al volver á su casa le detuvo un joven muy bien puesto que solía pasear aquella calle con demasiada frecuencia y mirar, bastante frecuentemente también, á los balcones de mi amigo, sobre todo, á las horas en que se solía asomar su hija, y le dijo á Blas:

—Esta carta para la señorita y esto para ti—y le dió un duro.

—Está bien—repuso Blasillo más contento que unas Pascuas. Apenas se levantó al día siguiente, salió á escape á la calle buscando un pobre, pero dió la casualidad de no encontrarle en el camino y volvió á casa sin imponer su capital, y era tal la avaricia que en su corazón iba reinando, que toda la mañana anduvo asomándose á los balcones por si veía, como él llamaba á los pobres, «algún recaudador del Sr. Dios». Eran las dos de la tarde, y ya se iba desesperando, cuando vió en la calle un pobre hombre con un *chinesco* lleno de campanillas y casca- beles en la cabeza, una flauta de caña sujeta al cuello, un tambor, una pandereta, bombo y platillos.

—¿Es usted pobre?—le gritó.
—Ya lo creo, señor!; el arte está en decadencia.
—Pues allá va—dijo Blas, y le arrojó el duro.

El hombre-orquesta, lleno de una gratitud entusiasta, tocó la marcha de *Pepe Hillo*, el «*Miserere*» de *El Trovador*, el Himno de Riego, el *Pon-pon*, el *Pay-pay* y qué sé yo cuantas cosas más, y más hubiera tocado si mi amigo, aburrido en su despacho de no poder trabajar con aquel bullicio, no saliese á decirle que callara y se fuese con la música á otra parte.

Blas esperaba el resultado de su nueva imposición; pero esta vez pasaron días y días sin que percibiera lo que él llama- baba su legítimo interés.

Después de que fueron transcurridos muchos, se encontró al predicador y le refirió todo lo que le había sucedido, queján- dose de la falsedad de su afirmación en el púlpito, toda vez que á él no le pagaban; y conociendo por su relato el buen sacerdote unas ideas materiales y avariciosas, quiso darle una lección en festivo estilo, y le dijo:

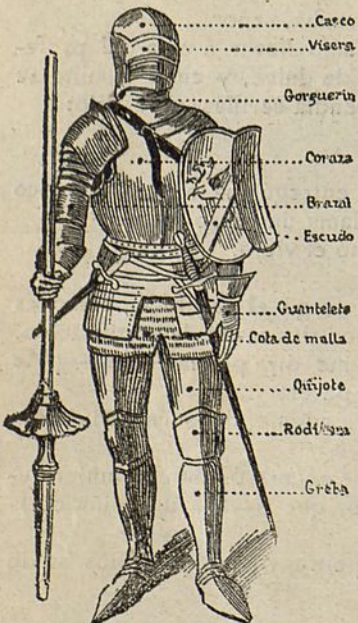
—¿Qué hizo aquel hombre al recibir el duro?
—Tocar—respondió Blas.—Tocar más de tres horas una infinidad de piezas con muchos instrumentos.
—¿Pues de qué te quejas? Ese hombre es quien te ha pagado... en música.

Hay seres que no conciben que pueda Dios concedernos más bienes que el darnos dinero, y Blas puede ser el espejo en que deben mirarse.



LA ARMADURA

Arturo dibujaba guerreros de perfil, mirando á la izquierda, porque del otro lado le costaba más trabajo. Un tío suyo, que hacía bastantes años que vivía en el extranjero cultivando



el arte de la pintura, vino á casa de los padres de Arturo á pasar una temporada, y éstos le hablaron de la habilidad del niño y hasta de su afición y disposición para el arte. Con este motivo se excitó la curiosidad del pintor por ver algún trabajo de su sobrino, y sin que éste se enterara registró sus papeles y encontró las obras del joven dibujante.

—Ya he visto tus dibujos, Arturo—le dijo por la tarde, cuando estaba la familia reunida,—y veo que tienes alguna idea del claro oscuro y que empleas las sombras bastante bien para dar relieve á las armaduras de tus guerreros; pero en cambio, eres desdichado en la cuestión de proporciones

—Tío, ¡si yo no he visto guerreros más que en el monumento del Jueves Santo!

—Puesto que tanto te gustan los guerreros, mañana te llevaré donde veas armaduras de todas formas—y al día siguiente le llevó á la Armería Real.

—Fíjate en ese *peto*—le decía,—observa ese *quijote*, repara en aquel *yelmo*.

El muchacho miraba á todas partes sin comprender aquella nomenclatura, y el tío no tardó en notarlo, por lo que dijo al muchacho:

—¿No conoces las partes de la armadura?

—No, señor.

—Es muy sencillo, y cuando lleguemos á casa, te haré yo unos dibujos y señalaremos en ellos los nombres.

Cuando llegaron á casa le cumplió su palabra, y copia de aquellos dibujos son los que figuran en estas páginas, que le explicó de la siguiente manera:

Designase con el nombre de *armadura* el conjunto de las armas defensivas que usaban los guerreros. Se componía del *casco*, *coraza*, *brazaletes*, *guanteletes*, *quijotes*, *rodilleras*, *grevas* y *zapatos*.

Usáronse los cascos de muy diferentes formas, y según ellas tomaban nombres distintos,

tales como *yelmo*, *celada*, *casquete*, *capacete*, *morrión*, *borgoñota*, *capellina*, etc., etc.

Fué el *yelmo* en un principio un casco cónico sin visera, y en el siglo XIII se usó también cilíndrico, que cubría toda la cabeza y descansaba en los hombros, y tenía en el frente una cruz grande con aberturas para ver. Después fué redondo con cresta, que era una doble placa de hierro para resistir mejor los golpes. Los caballeros llevaban la cresta del casco con figura más ó menos rara, y tomó el nombre de *cimera*; también usaban la visera calada para ver y resguardar el rostro.

Era la *celada* un *yelmo* más sencillo, usado por la Caballería ligera.

El *casquete* no tenía visera ni gola, y era de forma semi-esférica.

El *capacete* era un casco sin cresta ni visera, que tenía alas caídas por los costados que cubrían las orejas. (Fig. 1.^a)

El *morrión* era un *capacete* de forma cónica, con una cresta muy aguda y con ala ancha y levantada en punta por delante y por detrás. Usábale la Infantería generalmente. (Fig. 2.^a)

La *borgoñota* era más ligera que el *yelmo* y de forma parecida al casco romano; no tenía visera movable, sino solamente una parte saliente para defender la vista. (Figura 3.^a)

La *coraza* era la parte más importante de la armadura y se componía de dos piezas, *peto* y *espaldar*.

La *gola* ó *gorguerin* defendía el cuello unida al *yelmo*.

El *brazalete* cubría el brazo hasta la muñeca y se componía de cuatro piezas: una para el antebrazo, otra para el codo y otra desde el codo al hombro que por la *hombreira* se unía á la *coraza*.

La *manopla* ó *guantelete* era un guante de hierro articulado para no entorpecer el movimiento de la mano, y

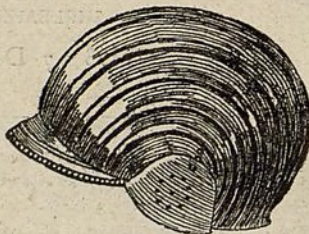


FIG. 1.^a

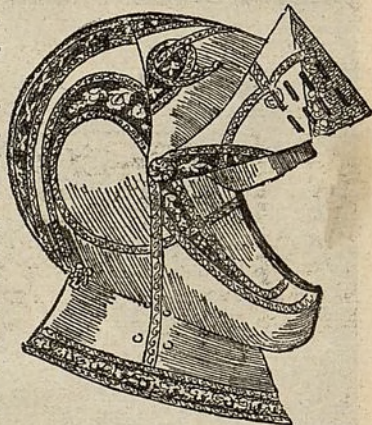


FIG. 2.^a

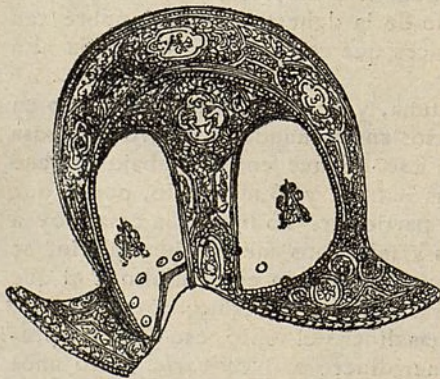
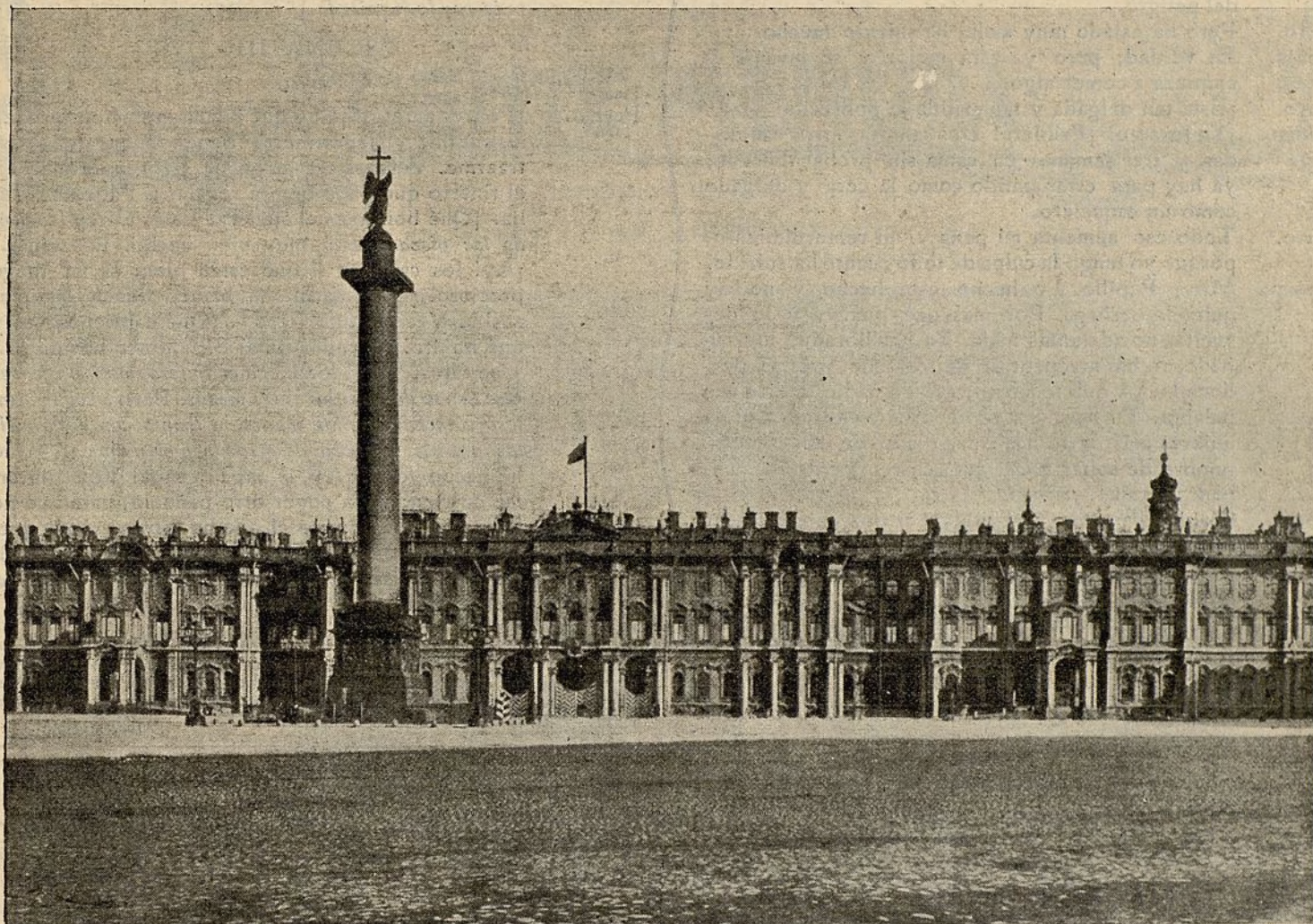


FIG. 3.^a

LAS GRANDES CIUDADES



SAN PETERSBURGO. PALACIO DE INVIERNO El Palacio de Invierno, residencia de los emperadores en dicha estación, forma un vasto rectángulo de 137 metros de largo por 106 de ancho y está decorado con gran riqueza. Muy notables son las suntuosas estancias de este palacio, llenas de históricos recuerdos. En él se guardan las alhajas de la Corona y el Tesoro imperial, cuya puerta de hierro vigilan constantemente dos oficiales de la Guardia.

la armadura de las piernas se componía de *quijotes* ó *musleras* que protegían el muslo, *rodilleras* y *grevas* que defendían la pierna hasta el pie. El calzado de hierro era articulado como el guantelete.

Arturo copió las figuras, se aprendió de memoria los nombres y hoy conoce muy bien todas las piezas de la armadura, que tantos ignoran.

L.



EL TEATRO DE LOS NIÑOS

PEPITO TRÁPALA

(Continuación.)

ACTO SEGUNDO

El teatro representa un cuarto de estudio en casa de PEPITO, con mesa, sillas, etc.; un juego de ajedrez de marfil sobre un velador, y un tintero bonito ó caprichoso junto al ajedrez.

Al levantarse el telón, PEPITO aparece sentado delante de la mesa, en que hay un libro abierto.

ESCENA I

PEPITO

PEPITO. No puedo leer por más que hago. No entiendo siquiera lo que leo. Siempre pensando en mi pobre-cita hermana, en mi espanto cuando la vi caer en el estanque, en el grito que dió. ¡Qué grito tan horrible! Parece que la estoy oyendo: «¡Pepito, socorro! ¡Muero por ti!» ¡Por mí...! Y el Sr. de Ramírez, que la sacó cuando yo la

creía muerta; ¡qué caballero tan valiente y tan generoso! ¡Si no hubiera sido por él...! ¡Pobre hermanita mía! ¡Se ha quedado tan delgada y tan pálida...! Y yo tengo la culpa de todo con mis mentiras. *(Se oculta el rostro con las manos y llora.)*

ESCENA II

PEPITO MANUEL, ANDRÉS

ANDRÉS. ¿Qué hace? Creo que se na dormido.
MANUEL. Sí; se ha dormido delante de un libro. Mira...
ANDRÉS. Verás como yo le despierto. *(Se acerca á él despacio y le da un grito al oído.)*
PEPITO. *(Con tristeza.)* ¿A qué viene esa broma, Andrés? El tiempo de la broma y de la risa ha pasado para mí.
MANUEL. ¿Pues qué ocurre, chico? ¿Está peor tu hermana, por desgracia...? Creíamos que estabas domido, que te habías puesto á estudiar la lección y...
PEPITO. Y que, según mi antigua costumbre, me había dormido en vez de estudiar. No; este libro es muy bonito y muy entretenido. Papá ha tenido lástima de mi tristeza y me lo ha dado para distraerme.
ANDRÉS. Pues entonces, ¿qué tienes?
PEPITO. No sé lo que leo, no comprendo una palabra. ¡Siempre tengo ante mis ojos á mi hermana ahogándose!
MANUEL. ¡Bah!
PEPITO. La oigo sin cesar gritarme: «¡Pepito, socorro! ¡Muero por ti!»
ANDRÉS. No seas tonto. ¿Qué adelantas ya con eso?
PEPITO. No lo puedo remediar; la veo morir, morir por mi culpa, por mis mentiras.



Gente Menuda

MANUEL. ¡Chico, chico, no seas majadero, no te apures! Da gracias á la bondad de Dios, que la ha salvado del peligro.

PEPITO. Pero ha estado muy mala, ha sufrido mucho.

ANDRÉS. Es verdad, pero ya está mejor y se levanta y empieza á comer algo...

PEPITO. ¡Está tan delgada y tan pálida la pobrecita!

MANUEL. ¡Ya lo creo! ¡Friolera! Dos sangrías, tres cantáridas y tres semanas en cama sin probar bocado, ya hay para estar pálido como la cera y delgado como un esqueleto.

PEPITO. Todo eso aumenta mi pena y mi remordimiento, porque yo tengo la culpa de todo cuanto ha sufrido.

MANUEL. Mira, Pepillo. Lo hecho está hecho y no hay quien lo deshaga. Por más que pienses y lo des vueltas no adelantas nada. Ya has llorado, has sufrido, te has arrepentido de corazón y estás perdonado. ¡A qué te mortificas? Ya nadie te dice una palabra. Tu hermana te quiere lo mismo, tú la quieres más, y te has enmendado de aquella costumbre de soltar bolas, que, entre paréntesis, compadre, eran... ¡menudas!

ANDRÉS. Olvida el pasado y piensa en el porvenir para ser bueno.

PEPITO. Tenéis razón; procuraré hacerlo, aunque no sé si podré conseguirlo.

MANUEL. ¡Valor, muchacho! ¡Que no se diga!... ¡Voto va! Vamos á ver cómo sigue tu hermana, y venimos.

ANDRÉS. Hasta ahora.

PEPITO. Adiós.

MANUEL. ¡Animo, chiquillo! El hombre debe ser fuerte; *forte que forte y tieso que tieso!* (Vanse MANOLO y ANDRÉS por la izquierda.)

ESCENA III

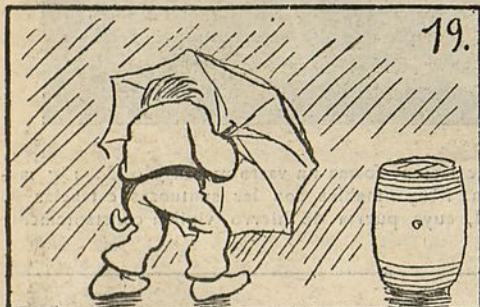
PEPITO

PEPITO. ¡Pobres amigos! ¡Con qué buena intencion quieren distraerme y alegrarme! Y tienen razón; debo distraerme. Veamos ese juego de ajedrez de marfil y el tintero que papá quiere regalar á Paquita y Julia. ¡Qué bonito es el ajedrez! Este, el rey (*cogiendo las piezas*), está muy bien hecho. La reina... ¡Ay! los caballos sí que están bien; es un juego precioso. ¡Qué marfil tan blanco tienen las piezas!... Veamos el tintero... ¡Qué caprichoso es y qué bonito! ¿Tendrá tinta? Sí; en este frasquito... y se saca... ¡Ay! (*Se le cae el tintero sobre el ajedrez y se llenan de tinta todas las piezas. PEPITO coge el tintero manchándose las manos, y limpia con el pañuelo las figuras, manchándose también el pañuelo.*) ¿Qué he hecho yo?... ¡Ay, si papá lo sabe! Voy á lavarme corriendo y á coger otro pañuelo, para que no sepan que he sido yo el que ha estropeado un juego tan precioso. ¡Ay, Dios mío! ¡Si me descubrierán! (1). (*Vase corriendo por el foro, mirando á todos lados, con temor de ser visto.*)

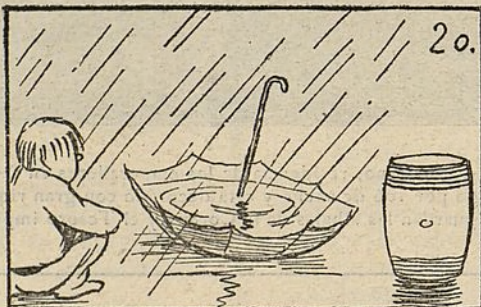
(1) El tintero debe contener polvos de salvadera, pues estando algo húmedas las piezas de ajedrez y el pañuelo se pegan los polvos y parece tinta. Hacemos esta advertencia á los niños que representen esta comedia, porque poniendo tinta es una lástima estropear el pañuelo y el ajedrez. Con el medio que indicamos pueden quitarse luego los polvos sin quedar mancha ninguna.

(Se continuará.)

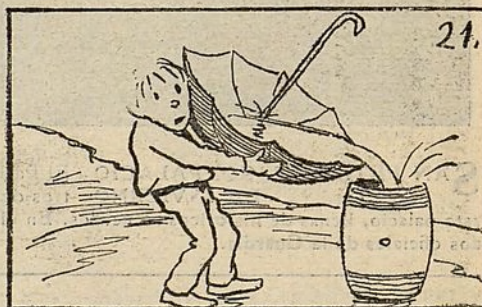
EL PARAGUAS MARAVILLOSO (Continuación.)



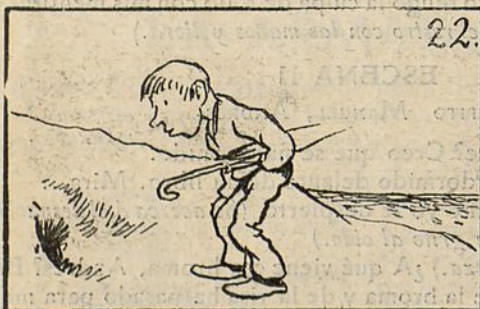
19. El agua despertó á Felipín, que vió con delicia lo que tanto su sed apetecía.



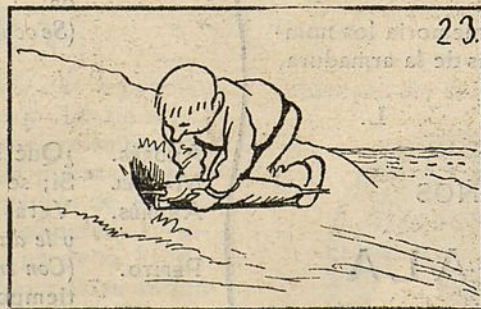
20. Se apresuró á recoger aquel don, que venía como llovido del cielo, sirviéndole el paraguas de recipiente.



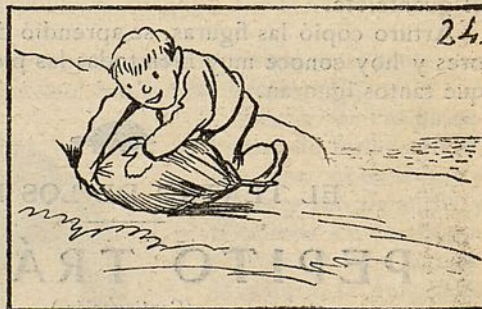
21. Después destapó el barril y le convirtió en depósito del precioso líquido tan deseado.



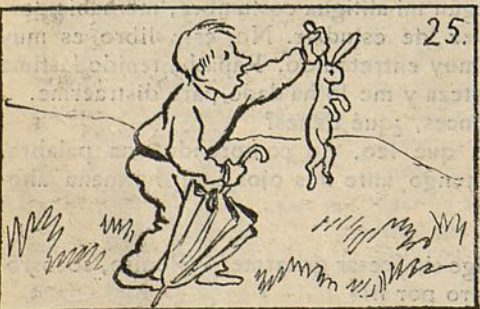
22. Apenas sació su sed, sintió despertarse el hambre, y buscando, buscando, vió una madriguera.



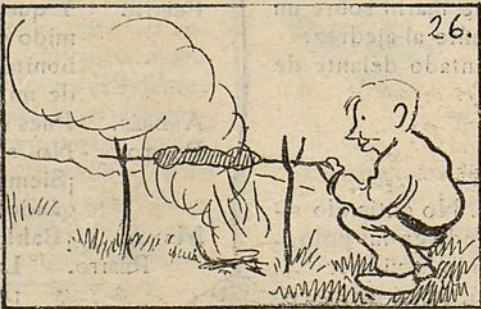
23. Introdujo en ella el gancho del paraguas, y pronto notó que estaba habitada.



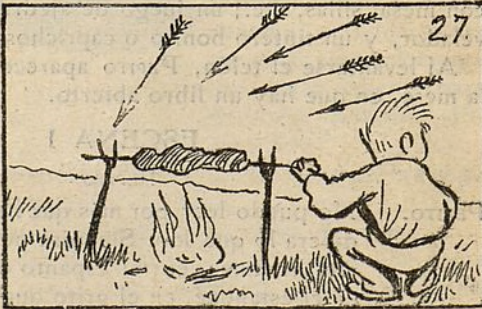
24. La tela del paraguas acusó la presencia de una pieza. aprisionada en ella.



25. Felipín la entreabrió con precaución, y extrajo un magnífico conejo.



26. Pronto improvisó un asador para el rápido condimento del apetitoso animalejo.



27. Pero el humo denunció su presencia, y una nube de flechas silbó en sus oídos.

(Se continuará.)